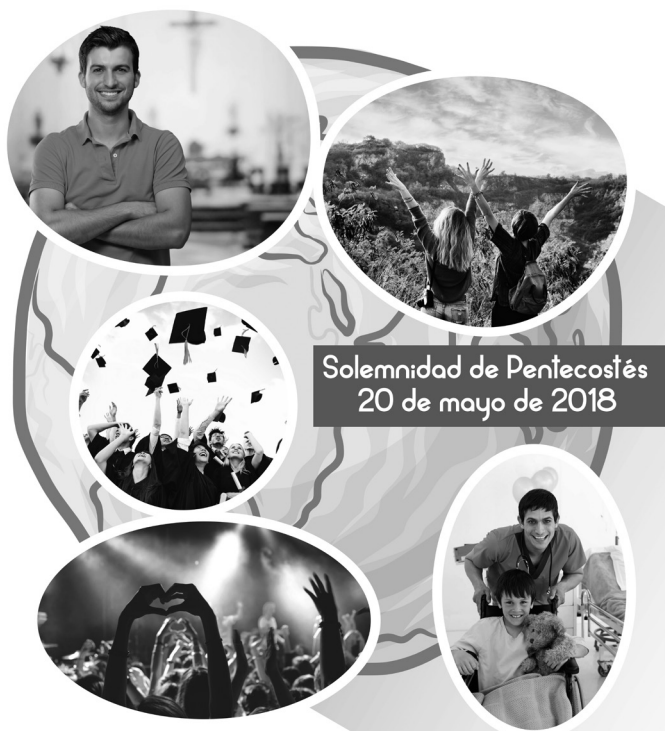


Discípulos misioneros de Cristo, Iglesia en el mundo

Día de la Acción Católica
y del Apostolado Seglar 2018

Subsidio litúrgico



Solemnidad de Pentecostés
20 de mayo de 2018

© Editorial EDICE

Añastro, 1

28033 Madrid

Tlf.: 91 343 97 92

edice@conferenciaepiscopal.es

Subsidio litúrgico

Monición de entrada

«Discípulos misioneros de Cristo, Iglesia en el mundo»

Hoy desciende el Espíritu de Dios hasta nosotros, es tiempo de esperanza, Jesús lo había prometido, es Pentecostés. Celebramos hoy el día en el que Jesús no nos abandona ante nuestra tarea evangelizadora, nos manda su ayuda para ser «discípulos misioneros de Cristo», su fuerza para estar en medio del mundo.

Hoy le pedimos al Espíritu Santo que nos renueve y nos enseñe a mirar de manera nueva la vida, el mundo, y que aprendamos a mirar como Jesús a todas las personas, especialmente a los que sufren, lloran, caen, a los que viven solos y olvidados.

Celebramos el día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar, es decir, el momento del laicado enviado al mundo desde la Iglesia para anunciar la alegría del Evangelio y hacerlo sentir en nuestras vidas. Es necesaria nuestra presencia, en palabras del papa Francisco, «no para creerse los cristianos perfectos y formados, sino para servir mejor (...), y para esto le pedimos al Espíritu Santo que nos ayude a dar el paso necesario».

Con Pentecostés nace la responsabilidad de extender la Iglesia por toda la tierra. Seamos capaces de ver el papel que Dios nos pide dentro de esta tarea. Celebremos en esta eucaristía la alegría y la fuerza que nos da el Espíritu para que no tengamos miedo y dejemos que nos cambie y nos transforme para ser Iglesia en salida con creatividad.

Acto penitencial

- Tú, que eres el sumo sacerdote de la nueva Alianza.
Señor, ten piedad.
- Tú, que nos edificas como piedras vivas en el templo santo de Dios.
Cristo, ten piedad.
- Tú, que has ascendido a la derecha del Padre, para enviarnos el don del Espíritu.
Señor, ten piedad.

Monición para las lecturas

Hoy es Pentecostés, día en el que termina y culmina el tiempo de Pascua con el envío del Espíritu Santo. La Palabra de Dios lo proclama hoy. Las lecturas resaltan que el Espíritu es el don que el Señor hace a sus discípulos para que puedan continuar su misión. Acción que se manifiesta de múltiples maneras: diferentes lenguas, carismas y espiritualidades, pero todos ellos para el bien y el enriquecimiento de la comunidad.

Es la hora del apostolado. Todos los bautizados somos interpelados como apóstoles: ¿soy consciente de la misión, de la responsabilidad que el Señor deposita hoy en mí? ¿Asumo esa tarea como propia, donde participamos todos y nos complementamos?

Homilía

¿Iglesia del miedo?

La Iglesia, como Pueblo de Dios lleno de gracia y de verdad, hoy se viste de fiesta porque está celebrando su nacimiento. Ella hunde sus raíces en el acontecimiento de Pentecostés cuando el Padre, por su Hijo, envía al Espíritu de la verdad y la vida a la humanidad. Los apóstoles reciben la fuerza del espíritu en un contexto de debilidad y de miedo. Las puertas cerradas, en medio del mundo, por temor. Y

es en medio de ese mundo y esa debilidad cuando se abren las puertas y las ventanas por la fuerza del Espíritu, y lo que era realidad encerrada y asustada se convierte en Iglesia en salida, apostólica, misionera. Hoy sigue siendo así. Cuando sentimos el miedo es porque nos centramos en nosotros mismos, nos autorreferenciamos, y nos da miedo la realidad. Nuestra debilidad y los sufrimientos del mundo nos alarman y buscamos seguridad y conservación. Pero eso es dificultad para anunciar el Evangelio, para llevar la buena noticia al mundo, e impide nuestra propia realización como creyentes, apaga nuestra creatividad, no se abre al Espíritu.

Celebrar Pentecostés es creer que «otra Iglesia es posible», que hemos de superar nuestros miedos para construir y ser la Iglesia de la confianza, la que se arriesga en la misión y en el ejercicio de la misericordia. La que se descubre como levadura en medio de la masa y lleva la alegría del Evangelio.

Otro Espíritu es posible, el de la confianza

Celebramos que Cristo ha resucitado, la muerte ha sido vencida, y el miedo, aunque conquistó algunas batallas, ha perdido la guerra. El Resucitado tiene el poder y la gloria, y cumple su promesa definitiva: nos envía su Espíritu. Espíritu de valor y confianza, de fortaleza y verdad, de amor y gracia. Es el Espíritu de la libertad, que arranca las puertas de los temores y las seguridades para abrir las ventanas del riesgo en el amor comprometido; del fuego que aviva la lucha por la dignidad y la posibilidad de la reconciliación del hombre herido y hundido con Dios pródigo y sanante, que nos da su compasión y su misericordia. Es el Espíritu que hace posible otro mundo, que nos lleva al cuidado de la naturaleza: la ecología que se hace comunión y se humaniza, frente al miedo del destrozamiento del universo y de los que lo habitan.

Es el Espíritu de Dios, del amor, de lo comunitario y lo común, del Pueblo de Dios. En Él ya no es posible encerrarse, ha traspasado las puertas y los cerrojos afianzados, nos hace abiertos de corazón y de mente, frente a las reservas y las dudas del temor. Con sus dones, comprendemos que el universo es nuestra casa y nosotros no somos extraños en ella, que la humanidad no va al vacío de una existencia de la nada, sino a la Casa común del Padre, y que la senda es la de los hermanos en la comunidad, para llegar al sentir del amor trinitario en su eternidad y su libertad absolutas.

Ahora es el tiempo de la comunidad en libertad, el tiempo del laicado, de los jóvenes

Somos la Iglesia del Espíritu Santo, del Espíritu de Cristo resucitado. Ahora es el momento de acabar con todos los miedos y los temores para vivir desde la confianza. La Iglesia está llamada a abrir todas sus puertas y ventanas para que el Espíritu que ha recibido se haga extensivo para todo el mundo y toda la creación. Este es el trabajo del laicado, de todos los bautizados, que, tocados por el Espíritu, disciernen lo que el Padre quiere de este mundo y se meten en él como levadura, como sal, como grano de mostaza, como grano de trigo para ser «Iglesia en misión, en salida, compasiva, generosa, de perdón y sanación, de fuerza para los débiles y denuncia para los injustos y los inmisericordes», para llamarlos a la conversión de corazón. Y de un modo especial están llamados a ser portadores de este espíritu los cristianos más jóvenes, llenos de vida e ilusiones. Ellos se merecen la autenticidad del Evangelio y el reconocimiento de su importancia para llevar el Evangelio. Jesús eligió a jóvenes y los llenó de protagonismo, confió en ellos, puso en sus manos el anuncio del Reino y los envió al mundo, para que superando todo miedo llevaran el amor y la misericordia. No podemos renovarnos como Iglesia apostólica en medio del mundo sin el laicado, sin el pueblo de Dios en corresponsabilidad, y especialmente hemos de

priorizar el lugar de los jóvenes en el deseo de una Iglesia en salida. En sus manos está el presente y el futuro del mundo y la humanidad, sin ellos no habrá esperanza y el Reino no podrá avanzar. Dios cuenta con ellos y a ellos quiere enviar su Espíritu para alcanzar los retos de hoy.

Los retos del Espíritu a la Iglesia hoy

Los retos a los que le empuja el Espíritu a la Iglesia actual siguen siendo los de aquel Pentecostés primero:

- Abrirse a las sugerencias del Espíritu para tener un lenguaje nuevo, una lengua de luz y de verdad, de libertad y de justicia, de coherencia y entrega radical, que toque a los jóvenes y cuente con ellos.
- Llegar al hombre de hoy –especialmente a los jóvenes– y hablarle en su propio idioma, en su dolor y angustia, en su pobreza y cansancio, en su desnortamiento y agobio, para más allá de las diferencias y las divisiones implantadas, llegar a entender a todos y a ser entendida en su mensaje de amor y gracia.
- Le toca abrirse, como nunca, al lenguaje del ecumenismo y del diálogo interreligioso, en la verdadera libertad y en el deseo del encuentro de lo más humano y lo más digno. Nos toca amar sin fronteras y sin límites porque es lo propio de nuestro Espíritu.
- La Iglesia, en su interior, hoy como nunca, se siente impelida por el Espíritu para vivir la diversidad de dones, ministerios y funciones atendiendo al bien común, sabiendo que es un mismo Dios el que obra todo en todos. Solo así será una Iglesia creíble. Para esto hemos de unirnos y organizarnos como bautizados para llegar a todos los ambientes del mun-

do. La Acción Católica, en todos sus movimientos, es un signo concreto del Espíritu para la misión.

Pentecostés desea manifestarse hoy en todos los que hemos sido bautizados en el Espíritu de libertad, que ha vencido todos los miedos y los temores que hieren el corazón de lo humano. La eucaristía, la liturgia de hoy, quiere prolongar el único Pentecostés del Resucitado. Por eso, una vez más, nos dará a comer su Cuerpo y su Sangre. Y así, nos da su propio Espíritu: para que no desfallezcamos en la misión y para que nuestra fuerza sea mayor, mayor que toda nuestra cobardía.

Oración universal

En esta fiesta de Pentecostés oremos a Dios Padre para que envíe su Espíritu, renueve su Iglesia y transforme al mundo entero. A cada invocación, responderemos: *Envía, Señor, tu Espíritu.*

- Por el papa Francisco y toda nuestra Iglesia. Para que seamos instrumento transformador en el mundo y contribuyamos verdaderamente a la construcción del reino de Dios. *Oremos.*
- Por todos los laicos comprometidos. Para que, renovados por el Espíritu Santo, sepamos llevar el mensaje de Jesús a nuestros ambientes en comunión. *Oremos.*
- Por las personas empobrecidas, por las alejadas, por las personas a las que nadie más llega. Para que nos sintamos llamados a tomar una opción radical por ellas. *Oremos.*
- Por la juventud. Para que nos contagie su frescura para llevar la buena noticia del Evangelio a nuestros ambientes. *Oremos.*
- Por la tierra, nuestra casa común, y todas las personas que la habitamos. Para que el Espíritu Santo nos ayude a sentir su dolor como nuestro y actuar en consecuencia. *Oremos.*

- Por nosotros, para que con gran fe demos testimonio de la Resurrección de Cristo. *Roguemos al Señor.*

Dios Padre nuestro, tu Espíritu ora con nosotros, dentro de nosotros; escucha la oración de tu Iglesia, morada suya, y concédenos lo que el mismo Espíritu nos sugiera. Por Jesucristo, nuestro Señor.



